

Panait Istrati

LA BURGUESIA Y LA REVOLUCION

CARTA ABIERTA A PROPÓSITO DE MI ÚLTIMO LIBRO

ME escribe usted, señora, una carta muy sincera que le ha inspirado la lectura de *Vers l'autre flamme*. Es un documento característico, por su origen y filosofía, su concepto de la vida y de la naturaleza humana. Constituye una manifestación de una clase, de su clase burguesa, que reconoce, por la pluma de uno de sus miembros más representativos, su decadencia moral, su desolación, su escepticismo, su resignación. Si comparo su carta con otros testimonios que he recibido de personalidades semejantes a la suya, debo reconocer la existencia de un estado de ánimo francamente desmoralizado, que reina desde hace tiempo en las esferas más activas y las más audaces inteligencias del pensamiento francés.

En efecto; después de mi regreso de Rusia y del grito de rebelión que me arrancó la actual dictadura del proletariado, han sido numerosas las personas, de su calidad y de su mundo, que me han participado su contrariedad y la absoluta falta de fe en una fuerza eficaz puesta al servicio del bien general. Esto ha servido para confirmar la decepción que traía y, como usted dice, para *reconocer* mi *valentía* de manifestarla públicamente. Ha contribuido también para confundir en una sola ambas decepciones, anular todo espíritu revolucionario y

obligarme a reconocer que *el bien que hemos adquirido hasta el presente es todo lo que podemos esperar de este mundo.*

Pero usted lo manifiesta más claramente: *Con mis pacíficos medios y mi dulzura de mujer, sin salir de la clase en que he nacido, he podido llegar al mismo resultado...*, es decir, a la soledad, al aislamiento, después de haberse convencido de que *la humanidad que buscamos no existe ni existirá nunca más que en los individuos. La colectividad es siempre un monstruo* Y aun más: *Mientras haya seres humanos sobre la tierra, los grandes comerán a los pequeños. El universo ha sido establecido sobre la base de la ferocidad.*

¿Cuál es la conclusión? La suya: *Estamos, entonces, frente a un CASO DESESPERADO. Y ¿qué se puede hacer delante de esto? Ninguna revolución irá tan lejos como los Evangelios, y los Evangelios son un fracaso. ¿Qué queda por hacer? Procura, individuo, ayudar, mejorar, salvar a los individuos. Por mi parte, nunca he perseguido otra cosa y en ese sentido me preocupó mucho, tanto en mis libros como en mi vida privada.*

Es usted, señora, muy buena al preocuparse mucho en ese sentido, pero, a pesar de su sinceridad, no me parece muy justo su modo de confundirme con usted y los de su clase. No me siento bien viéndola filosofar acerca del fracaso de los Evangelios, la humanidad que buscamos y los grandes que comerán a los pequeños. Un excelente amigo mío, que es médico burgués y muy humanitario, me dijo un día que todo esto pertenece a la biología y que yo estaba en un error al pretender cambiar el orden de las cosas

No conozco la biología ni los Evangelios. Tal vez haya contentado a todos al escribir mi último libro, pero también es posible que no haya logrado expresarme claramente. Como soy un obrero auténtico meto con frecuencia los pies en el plato. *Pero siempre sé lo que quiero.* Si cien veces me derriban, otras tantas rebotaré cayendo sobre mis pies. Sepa entonces que mi último libro no se presta para filosofías ni ha sido escrito con la intención suya.

Le hago notar todavía que no soy de aquellos que juzgan a la clase de usted como la única responsable de todas las desgracias que acaecen en el mundo. Con mi propia clase no tengo otra relación que la del sufrimiento que nace de su vientre.

Eso es todo. Por lo demás pertenezco a la vida. Y eso me permite hablar a usted con toda libertad. Yo la creo buena, justa, generosa. Estoy convencido de que si le fuera confiado el gobierno del mundo, usted se aplicaría a crear un orden social equitativo, reservando siempre, para usted y los suyos,

agradables privilegios. Y, puesto que afirma haber permanecido dentro de su clase y esa clase es la que gobierna al mundo —yo bien sé cómo—, es necesario que cada cual quede en su sitio: usted, en el suyo; yo, en el mío. Así, mientras permanezcamos en nuestros respectivos lugares, toda disertación relativa al *universo que está establecido sobre la base de la ferocidad* será imposible.

Yo voy más lejos: en su lugar y dirigiéndome a un hombre para el cual el orden burgués es una ofensa a la justicia, me sería penoso ostentar un escepticismo tan confortante. ¿Es necesario conocer a Descartes, o basta sufrir la falta de pan, para comprender que la repartición no es equitativa? Error abominable.

Usted tiene a su lado el bienestar, las cenizas del Evangelio para consolarse, todos los ejércitos de la tierra, del mar y de los aires para defenderse. Nosotros no tenemos más que dos brazos vacíos, miserables cuando no están ocupados y miserables también cuando lo están. Esto es comparable a la situación de un hombre, a quien obligara a sentarse sobre un montón de brasas, mientras usted, sentada frente a él, pero sobre un sillón, le preguntara:

—¿Qué piensa, amigo mío, de este *caso desesperado* que representa el fracaso de los Evangelios?

—¡Yo sólo pienso señora que mi trasero está ardiendo!



De esta manera quiere usted filosofar conmigo, convencida de que nuestras situaciones son iguales y de que estamos en perfecto acuerdo. Me lo dice desde el comienzo de su carta: *Usted ha abandonado todos los barcos, aún este último: el comunismo ruso. Y se encuentra solo, entonces, en su isla de Robinson. ¿Sólo ahora se ha dado cuenta de su soledad? Hace tiempo que yo la conozco.*

No sólo conoce usted la suya, sino también la mía, porque agrega, al final de su carta: *Hace tiempo que he adivinado en sus libros y mejor en sus ojos, lo que es usted. Pero ahora, después de lo que acabo de leer, pienso que es mucho más que eso: permanece en lo absoluto, como un niño pequeño.*

De esto se deduce que, usted en su clase y yo en lo absoluto, ambos estamos convencidos que el último recurso que nos queda en la vida lo constituyen la carabela de la resignación y una prudencia circunspecta.

No. No es eso. *Lo que he sido, lo que soy*, usted lo ha adivi-

nado mal en mis libros y mucho peor en mis ojos, que no han hecho más que divertir a su distinguida sociedad en una tarde de melancolía.

Desde luego, yo no he *abandonado* ningún *barco* por la sencilla razón que jamás me he embarcado. Durante toda mi vida no he hecho más que bordear alrededor de un solo barco; el que traía las reivindicaciones de mi clase.

Contrariamente a usted, que ha permanecido en su clase, yo he salido de la mía desde los doce años. En esa edad de los sueños, me convencí de que los sueños de mi clase no eran los míos. (¿Ha leído usted *Mes Départs?*) Mi clase obligaba a los primogénitos a permanecer diez años junto al mismo almacenero gordo, para llegar a ser otro, tan gordo como él o aún más. Mi buena madre no hubiera deseado otra cosa para mí. Si no vió satisfechas sus aspiraciones al respecto, fué porque yo me negué terminantemente a ello desde la edad de los sueños.

Luego, llegado a la edad de la conciencia, advertí, del mismo modo que por medio de los sueños, que mi clase no tenía más conciencia que la de usted. La *conciencia de clase*—de que habla cierta doctrina, indicada por la ferocidad de ustedes para defenderse y nuestro deber de atacarlos—no es más que *la conciencia de los apetitos de clase*. (Esto se ve en su Estado burgués y en el Estado proletario.) Agradezco la conciencia. No teniendo apetitos no necesito de tal conciencia. No tengo más que mi conciencia. Y deseos. No vivo más que de deseos. Estoy blindado.

Pero puesto que su clase da el ejemplo del apasionamiento por todo lo que es estómago, y nada más que estómago, ¿por qué no quiere que me solidarice con los apetitos que ustedes despiertan entre los míos y que tienen al menos la excusa de sentir hambre desde hace siglos?

He tomado su partido, desde mi adolescencia, con la enorme tristeza íntima de saber que aunque es la misma nuestra necesidad de pan, no lo son nuestras aspiraciones. Y no por eso he combatido menos, en las filas y fuera de las filas, con el brío que se conoce. Eso es lo que yo llamo haber *bordeado* alrededor de un barco que trae las reivindicaciones de mi clase.

Parece que usted no ha hecho lo mismo. Habiendo hecho crisis los Evangelios y teniendo el sustento asegurado, se ha conformado, acomodándose en una soledad mohina entre sus libros y su caridad. Sin salir de su clase. Y sin defenderla. Ni *absoluto*, ni solidaridad. Tal vez es esa la verdadera sabiduría. Pero así no podemos entendernos.

Para poder comprender la situación de mi clase por sí misma, dése cuenta de la distancia que nos separa y de que le hace falta un esencial elemento de juicio: *Usted no tiene idea de lo que significa batallar toda una vida por un pedazo de pan y no obtenerlo más que defendiéndose con todo el cuerpo. Es una muerte sin fin.*

Aunque se tenga inteligencia y sensibilidad equivalentes, la lucha por el pan reviste al hombre de un odio contra la sociedad y de un deseo de combatirla que ningún escepticismo puede atenuar. Júzguelo usted.

A los doce años, con el certificado de estudios en la mano, o sin nada en ella, dos brazos afectuosos te empujan por los hombros hacia la calle en donde te abandonan: *Ahora, anda hijito: yo no te puedo alimentar: búscate solo la vida. Hete aquí a la buca de tu absoluto; la existencia así no es más que una agonía.*

Y encima dice usted: *Yo sé que la humanidad que buscamos no existe . . . , etc.*

No. No *buscamos* la humanidad; la busca usted. Nosotros no buscamos más que nuestro alimento, como los perros vagabundos. De la humanidad que usted busca nos hemos curado. Esa humanidad la encontrará o no, nada se lo impide, mientras despliega su servilleta al mediodía diciendo, como me lo escribe: *Es necesario que nos resignemos y procuremos hacernos mejores en nuestra propia esfera, nosotros que estamos tan extraordinariamente imbuidos de piedad y honestidad.*

Nosotros . . . ¿Quiénes? ¿Usted y yo? Yo no tengo los medios necesarios para estar imbuido de piedad y honestidad, mi señora. No tenemos la misma honestidad ni la misma piedad. En usted ambas constituyen dos aspectos engañosos de la misma virtud fácil. No le cuestan más que las migajas que caen de su mesa. En mí, son parte de una fuerza que algún día puede costarme la vida. Porque mi odio contra el orden de ustedes no es el de un hombre de salón, sino el de un hombre de la calle. Y en esta horrible calle de nuestro siglo mecánico, pudiera ser que algún día llegara a separarme, no sólo de mi clase, sino hasta de mi último amigo.

Mi clase y mis amigos no descienden a la calle más que para poner humildemente las manos en su querida fábrica, la inoble mazmorra de ustedes, la suprema divinidad de ellos, mientras que para mí la fábrica no sirve más que para *volar* y me hace sonreír su *racionalización* aun la más comprensiva, capitalista o soviética. Soy en la calle el *hombre sandwich*: entre

la cadena de oro y los piojos, prefiero los piojos. Pero tengo derecho a rascarme a gusto. Sin ninguna racionalización.

Vea usted hasta dónde me lleva mi soledad.



Ella ha sido casi absoluta desde el día en que abrí conscientemente los ojos a la vida. Y durará hasta mi muerte. Nada de lo que constituye el orgullo de la civilización de ustedes me importa. Nada de lo que es el orgullo de mi clase allí donde ejerce su poder y racionaliza la vida, mucho más cruelmente que ustedes todavía, en nombre de la libertad del porvenir.

Todo esto no puede ser de otro modo; bien lo sé; pero ¿por qué he de permitir que me corroa toda esa carroña humana? ¿No tengo mi columna vertebral, pulmones propios, brazos, ojos? ¿Por qué, entonces, se me obliga a relacionarme con los demás cuando así me encuentro perfectamente y no le hago mal a nadie?

Amóldate tú, entonces a los engranajes que tú mismo te forjas, que son la vergüenza de los dos lados de la barricada; yo nada acaparo, porque el acaparar sólo es cosa tuya; mi parte de tierra, de aire, sol, río, bosque, y no me obligues a amar lo que amas ni a odiar lo que odias. Para amar u odiar estoy mejor organizado que tú; te aventajo en miles de siglos. La prueba está en que a despecho de un acuerdo universal para el crimen en masa, he rehusado a hacerte compañía y *cuando lo he querido y siempre solo* he violado tus propósitos y tus leyes, viviendo como me ha dado la gana.

Ha sido tan hermosa mi vida, a pesar de los sufrimientos que ella me ha proporcionado, que no la puedo comparar más que a la de aquellos animales que viven lejos del hombre. Todo lo que proporciona las grandes satisfacciones lo he obtenido sin dinero: aire, sol, río, amigo, amante. Sólo un puñado de patatas o algunas bananas, necesarias para mi olla, me han obligado a bajar cada, tres días, mi pesada cabeza delante de tu pesada estupidez. Y lo único que no te perdonaré jamás—porque un día de valerosa pena compensaba diez en que podía alzar orgulloso mi cabeza y bastaba para alimentar mi olla—es la criminal estupidez que obliga a los hombres a plantar más postes de telégrafo que patatas y bananeros.

Y el mundo prefiere más que nunca los postes de telégrafo, sobre todo el nuevo mundo de que se engríe mi clase. Este

quiere sobrepasar al antiguo. ¿Construirán rascacielos? He ahí casas-montañas. ¿Llegarán a suprimir la servidumbre del trabajo? Nosotros suprimiremos también el alma, que *por otra parte no existe*. La humanidad futura vivirá al ritmo de un martinete, manejado por un dictador universal.

Yo no iré de este modo.

Quiero sufrir, gozar, penar, siguiendo el ritmo que arranca su cadencia de mi propio abismo. He sido siempre así. No pudiendo explicarme el misterio de la vida, lo acato aullando tanto de alegría como de dolor. Y esa es mi única obediencia. Todas las demás me repugnan, tanto más cuanto que así no soy en absoluto peligroso a mi prójimo y, al contrario, le cedo mi única camisa cuando me convenzo de que sufre una necesidad mayor que la mía. No tengo ninguna codicia. Es fácil llegar a no tenerla. Para lograrlo, basta con no desear todo aquello que nos es rehusado por ley natural. Pero nada de lo que constituye la alegría del cuerpo y del alma se nos rehusa de esta manera, ni se encuentra fuera del alcance del hombre. En cuanto a aquello que constituye un derecho natural y que nos rehusan los hombres, es necesario saber conquistarlo a cualquier precio, cueste lo que cueste. Así, vivo yo para auxiliar a mi hermano el hombre. Siempre que aquello que él considera sumo derecho natural no sea cosa superflua o de simple vanidad. Porque entonces no me meto. Créamelo.



Eso es lo que soy: solitario y solidario.

Maldigo al hombre pero tengo confianza en este magnífico animal; algún día se dará cuenta de que arrasa su vida y la de sus semejantes. Entonces llegará a meter mano en las leyes, cuyos engranajes son hechos de sangre, de pensamiento y alma y cuyo supremo equilibrio es la contemplación. Hoy las engaña, sacrificando su armonía perfecta a las innobles manifestaciones de su egoísmo material. Pero esto no puede durar. El egoísmo es un instinto que devora al hombre exigiéndole una enorme cantidad de satisfacciones. Y aquella será entonces la resurrección de la vida hermosa; la que haga comprender al hombre que el egoísmo es el medio de irse matando día a día.

Usted no cree en nada: *El universo está establecido sobre la base de la ferocidad. Mirando hacia los cuatro puntos cardinales, no se advierte más que esto, Sólo el humanitario ha pretendi-*

do cambiar la ley. Ha inventado la justicia, la caridad, el altruismo, etc... Pero ahí están las fuerzas de la tierra.

Sí. Ahí están esas fuerzas; pero *las otras* también. ¿Usted no las ve? Son tan importantes como sus malvadas hermanas. Al presente, su voz apocalíptica resuena en todo el universo. Jamás ha tenido tan poderosa entonación. Apaga la voz de las otras, las condena al silencio. ¿Quiere una prueba indiscutible de ello? Hela aquí.

Figúrese que un día se trepan dos hombres sobre el pedestal del Obelisco, en la Plaza de la Concordia, y gritan: el uno, *Yo quiero la guerra, la ruina, el pillaje, la supresión de todas las libertades*; el otro, *Yo quiero la paz, el trabajo, la libertad*.

Me parece que no hay que meditar mucho para saber cuál de los dos será atacado a bastonazos por la multitud enfurecida.

Otro ejemplo:

Si usted encuentra en un camino solitario, un hombre moribundo, tendido al sol inclemente, ¿no procurará socorrerlo? Y si se diera cuenta de que es un enemigo suyo ¿se atrevería a abandonarlo? Creo que puedo prescindir de su respuesta, al menos que usted sea un monstruo; esa respuesta no puede ser más que humanitaria.

Un tercer ejemplo, vivido por mí: en una aldea, dos familias vecinas se odian a muerte; una noche la vivienda de una de ellas se incendia, mientras la otra lo olvida todo para ir a ayudar a apagar las llamas.

No hago melodrama; afirmo solamente.

El egoísmo, la ferocidad, el crimen colectivo, son desgracias que la mayoría de los hombres quiere sinceramente eliminar de la vida. Es este un deseo más universal que aquella ley del mal de que usted me habla. No vivimos, no creamos, no progresamos más que por él. Si el mal nos inunda cada día más, a pesar de nuestro deseo de bondad, se debe en gran parte a que ningún orden social, ningún poder del Estado ha llegado a declararlo delito público. Se debe también a que todavía el cuchillo no ha chocado con el hueso. Pero nunca el mal ha podido vivir sino en potencia, como asesino que huye de la luz. Ninguna razón humana se ha atrevido a exhibirlo sin despertar la indignación universal. Nunca ha logrado hacerse legítimar, ser reconocido, adquirir derechos ciudadanos. Ningún artista, ningún escritor ha podido hacer su apología sin cubrirse a sí mismo de vergüenza. (Cuando Nietzsche alaba a la fuerza y dice que es necesario aplastar al débil, yo aplico sus palabras en determinado sentido porque no veo y no com-

prendo más que una sola fuerza: la que emana de la humanidad.)

¿Dónde ve usted la invención? ¿No se convence de la existencia real de esta fuerza? Mire el bolcheviquismo, entonces; ¿cree que ha sido engendrado éste por la mente de un tonto? Ni siquiera ha salido de una mente: ha emergido del corazón de la tierra. Y ¿por qué es universalmente popular? (Los mismos salvajes llegan a comprenderlo.) ¿Porque habla de *marxismo*? No; porque habla de *humanidad*. Y si no ha salido victorioso inmediatamente hay que buscar la explicación de ello en la estupidez dogmática de sus jefes.

De este modo deposito toda mi confianza en el hombre, este innoble animal. Lo ayudaría con todas mis fuerzas. Pero no a la manera de usted: *Ensayo, individuo, de salvar individuos*.

No. Yo no puedo salvar individuos. No podemos salvar más que la humanidad; y si no, nada. Para mí los individuos son los árboles que toco al pasar a través del bosque. Es cierto que cuido de los árboles, y los cuido de un modo que a veces llega a ser heroico—más por ser su amigo que por ser cristiano—, pero es el bosque lo que más me preocupa. Y eso, porque soy *revolucionario*. En mis libros. En mi vida privada. Y principalmente en mis ojos (si alguna vez usted ha sorprendido en ellos un reflejo de desesperación es porque pienso en lo que existe *y en que lo mejor sería no haber existido*; pero esta última no sería una razón por la cual muriera. Estimo la existencia. No la amo. No puedo amar lo que me conduce a morir lamentablemente. Pero amo, por encima de todos los valores de la vida, aquello que me ayuda a creer en la eternidad de estos valores. Y para *creer*, me basta mi deseo.)

No. No puedo salvar individuos. *No se salva a los árboles cuando se aniquila el bosque*. Y usted nada salva. Porque tiene miedo de interpretar su deseo humanitario, porque éste implica para usted una enorme renunciación. *Porque usted permanece en su clase*. Es una verdad que no defiende. ¿Y qué hace para decir abiertamente su mentira? Nada. Se contenta con sonreír escépticamente y disfrutar de todos los privilegios que le otorga, achacándolo todo a *la crisis que han hecho los Evangelios*.

Su soledad no es más que una solidaridad embozada, hipócrita. No es la mía. Usted cierra los ojos a las ignominias que comete su clase, adhiriendo, de este modo, a todos los crímenes. Yo no hago lo mismo. El día en que mi clase participe de un inmenso banquete me habré convencido de su glotone-

ría, y ya ha visto cómo la he golpeado en la jeta, después de haberla abrazado tiernamente.



Medios posibles. Dulzura. Resignación. Caridad cristiana. Soledad. Esas son las grandezas y virtudes de su clase; lo más inteligente y generoso que ella alcanza en esta época sangrienta. Lo más hermoso de todo aquello con que su clase engaña a la mía y la adormece cantando: *No hay nada que hacer. El mundo es y será como ha sido siempre.*

Como significa una abdicación cómoda y agradable, esta moral inunda el espacio. Domina el universo.

Por medio del arte:

Detenta todos los medios de expresión artística e inunda el mundo de obras beatíficamente sentimentales, estúpidamente pacifistas, indignamente neutras, en las cuales todo es mercadería, comercio, dinero. Un cuentecito o un artículo estúpido de un autor de renombre se paga cinco o diez veces más que la jornada de trabajo del minero mejor retribuido, de un vidriero soplador, de un electricista. Lo que demuestra un charlatanismo auténtico, una invitación al pillaje.

Por su enseñanza oficial:

Falsifica, a sabiendas, la verdad contemporánea; eleva monumentos a los muertos y prepara el espíritu de los jóvenes para futuras hecatombes humanas. Envenena metódicamente al pueblo con el sudor del mismo pueblo. Es una estafa.

Por sus iglesias:

Terrorismo clerical. Nunca, desde hace un siglo, la hipocresía divina ha manifestado mejor que hoy su feroz deseo de aniquilar a los pueblos por el terror del oscurantismo. Jamás ha hallado más complacencia en la clase volteriana de ustedes, en la que descubre el mejor cómplice para una dominación en medias.

Por su política:

Locarniana, naturalmente. ¡Abajo los fusiles!, pero mantiene en armas treinta millones de hombres, o sea diez millones más que en 1914. (He aquí una muestra de su buena fe: El senador Borah escribió, el 30 de Noviembre, en el *Collier's Weekly*: *Mientras el premier Mac-Donald se volvía pacíficamente hacia los Estados Unidos y conversaba con el Presidente Hoover sobre el desarme, ambos países, Inglaterra y Estados Unidos, gastaban aproximadamente sesenta mil dólares, o sea un mi-*

llón quinientos mil francos, por hora en elementos de guerra.
—*Matin* del 1.º de Diciembre.)

Esa es la civilización de ustedes, la conoce usted mejor que yo y tiene mejores informes acerca de ella. Sanguijuela gigante que se ha adherido al cuerpo sano de la humanidad que sufre. Se asombran de los 50 mil dólares que América ofreció a Madame Curie para comprar un gramo de radio; pero ¿quién se escandaliza de los doscientos mil dólares que votó el Senado Americano nada más que para pasear a su delegación a la Conferencia de los *Cinco* en Londres?

Esta civilización que pretende tener médicos e impulsar la ciencia en beneficio de la humanidad, está instalada en Egipto, en las Indias, se reparte China, pero ¿qué hace para atajar los destrozos del tracoma *por el cual está atacado el noventa y cinco por ciento de los fellahs*, mientras *15 millones de chinos tienen tan débil la vista que con toda seguridad llegarán a la ceguera absoluta?* (Nos lo dice el Dr. Henri Bouquet.) Nada, y en esos tres países que gustan de las satisfacciones de la civilización de ustedes, un *millón* de seres humanos está ya completamente ciego. Y no se trata de un mal que, por muy terrible que sea, no tenga remedio, si se le atiende a tiempo. ¿Qué debemos pensar de otros flagelos—la tuberculosis, la sífilis, la miseria, la ignorancia—que hacen presa de la población cuya único delito consiste en sufrir sin rebelarse?

Usted me habla de mi *valentía*. No soy más animoso ni más quedado que la mayoría de los seres humanos. Pero sé que tengo una vida que perder. Aún más: sé que esta vida se me haría insoportable si hubiera de callarme y adherir a ese orden que hace la felicidad de algunos, los más malos, y la desgracia de una humanidad absolutamente inocente, por la cual el bolcheviquismo trata y quiere hacer lo que ninguna otra organización se ha atrevido a hacer hasta hoy día.

Los trabajadores de todo el mundo soportan el peso de un régimen, de una técnica y de un progreso acerca de los cuales no conocen más que vicios, despilfarro, superchería, amenaza, crimen. Montañas de papel que diariamente encierran nuestra farsa estúpida. Avalancha, propaganda desenfrenada de productos comerciales, de las píldoras Pink, de los artículos de Coty, entre los cuales el más absurdo vale más caro que el sustento de una familia numerosa durante toda una semana. Y, paralela a esta industria, inofensiva en apariencia, esa otra industria de la muerte, del espionaje, con su ejército, su policía y sus trampas.

Pero lo que este régimen y esta técnica tienen de civiliza-

ción—alumbrado eléctrico, gas, telégrafo, teléfono, higiene, médico honrado, verdadera enseñanza, verdadera educación, distracciones instructivas, habitaciones sanas—lo ignora el 90 por ciento de la humanidad en este primer tercio de nuestro siglo veinte.

¿Cómo puede usted tolerar un orden semejante? ¿Cómo puede soportar la vida? ¿Cómo no se da cuenta de la falsedad de su resignación y todo lo que ella tiene de criminal? Así, no se haga ilusiones acerca de mi soledad, ni de mi disputa con los Soviets. No estoy reñido con el *bolcheviquismo*, pero sí con los *malos bolcheviques y lo incomprensible, consciente e inconsciente, de la Revolución*. Ella, lo mismo que los sufrimientos de los hombres, que conozco bien y no olvidaré jamás, cuenta con toda mi confianza, toda mi esperanza de mejoramiento y toda mi combatividad.

Siempre he sido y permanezco siendo el soldado apasionado, el enemigo abierto de su clase social, al lado de los verdaderos revolucionarios y por una humanidad mejor.

Exclusivo para *Atenea* en Chile. (Traducción de F. Ortúzar Vial.)